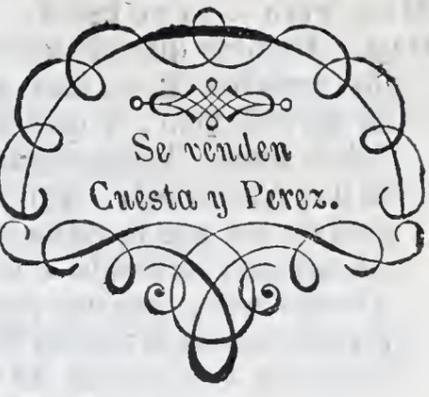




Es propiedad
de V. de Lalama.



BIBLIOTECA
DRAMATICA.



Se venden
Cuesta y Perez.

EL JUEGO DE CUBILETES.

Comedia en un acto, original de D. Francisco Botella y Andrés, representada con grande aplauso en el teatro de Variedades, en el mes de agosto de 1855.

| PERSONAGES. | ACTORES. |
|----------------|---------------|
| MAGDALENA..... | Sta. Ruiz. |
| LUISA..... | Sta. Lansac. |
| FELIX..... | Sr. Martinez. |
| Don RAMON..... | Sr. Aznar. |

Escena con puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA. MAGDALENA, LUISA.

MA. Ya lo ves, voy á ser muy desgraciada si nuestro tutor se empeña en llevar á cabo su plan.

LU. Pero ten ánimo, contéstale resueltamente: Señor tutor, no me dá la gana, yo soy joven y bonita, y no quiero unir mi mano con la de usted, ni entregar mi razon á un hombre que puede ser mi padre.

MA. Ya, pero como él tiene tanto poder sobre nosotras, no me atrevo...

LU. Pues es fuerte cosa, que una muchacha tenga que sacrificarse á un viejo como él!

MA. Ya ves, tengo veinte y seis años, y me parece que ya es hora de tomar estado.

LU. Eso si, yo no tengo mas que diez y ocho, y sin embargo, me parece tambien hora, con que...

MA. Nuestro tutor dice que con él puedo ser muy feliz que uniendo nuestras rentas...

LU. Le ciega la ambicion mas que todo. Has vuelto á ver á don Felix?

MA. Hace dos dias.

LU. Ese si que es un buen partido.

MA. Ya lo creo, y fue mi primera pasion. Tenia yo once años, no lo olvidaré nunca, el año cuarenta y dos cuando me enamoré de Felix, que era subteniente de un regimiento; me agradaba tanto su aire marcial, su uniforme de artilleria y sus maneras desenrolladas... Cerca de un año duraron nuestras relaciones pero el año cuarenta y tres las descubrió mi tutor y echó de casa á cajas destempladas á don Felix; entonces ya era yo casi una muger, y el tutor empezó á enamorarse de mi, y me ha tenido hasta ahora tan guardada, que no ha permitido que se me acercara ni un hombre. Ay!.. En estos once años que han pasado, Felix me escribia de cuando en cuando algu-

na cartita, que yo le contestaba á escondidas de mi tutor, hasta que hace unos cuantos dias le he vuelto á ver, porque ha venido á Madrid su regimiento, y me ha jurado que siempre me amará, y que hará cuanto esté en su mano para conseguir la mia.

LU. Dificil lo veo.

MAG. Y yo tambien, porque el tutor se ha apoderado de tal manera de la situacion...

RAM. (dentro.) Magdalena! Magdalena!

LU. Ay! Aqui viene.

ESCENA II.

Dichas, DON RAMON, derecha.

RAM. Hola!.. Estábais aqui las dos? Me alegro, me alegro veros siempre unidas como buenas hermanitas. Oh!.. Vale mucho el buen gobierno de un tutor tan inteligente como yo en el arreglo de una familia. La educacion que yo os he dado, ha sido sumamente acertada, y vosotras sabeis aprovecharla. Vuestro padre, al morir, no podia haber hecho mejor eleccion. Si hubiera entregado vuestros bienes á uno de esos casquivanos mozalvetes, que todo lo echan á bulla, en dos dias hubierais quedado completamente arruinadas. Nada, nada, la moderacion en los gastos y en las costumbres, es una gran cosa para el gobierno doméstico de una casa. Mira, Luisita, hazme el favor de dejarnos un momento á solas; tengo que hablar con tu hermana.

LU. (Qué la irá á decir?) (vase.)

ESCENA III.

MAGDALENA, DON RAMON.

RAM. Ya estamos solos. Magdalena, tengo que hablarte muy formalmente.

MAG. Cuando usted quiera.

RAM. Te he dicho repetidas veces, que á tu edad debe ya una muger pensar con formalidad en tomar estado; tu corazon no se ha abierto aun á las impresiones del amor...

MAG. (Ay! no es verdad!)

RAM. Y es hora de que elijas el hombre que ha de hacer tu felicidad para toda la vida. Yo te amo, y creo que mi mano no es tan despreciable...

El juego de cubiletos.

MAG. Pero... ya vé usted...
 RAM. Me dirás que el año cuarentá y tres tuviste aquellos amorios. Bah, bah, aquello era un juego de niña sin reflexion, y que si acaso echó algunas raices, deben haber desaparecido en los once años que hasta hoy han pasado. Aquel pretendiente era un chigaravis del que te enamoraste porque llevaba levita de militar y tarareaba á tus oídos canciones amorosas. Tú entonces, eras una niña, él era un mozalvete, y los dos teniais la cabeza llena de pájaros. En fin, archivemos esta página de tu vida en la biblioteca de costumbres infantiles. Ahora eres una muger hecha y derecha, y te conviene un hombre de orden, de circunstancias y de peso como yo.
 MAG. Ya vé usted, nuestra diferencia de edades...
 RAM. Eso son aprensiones!
 MAG. Pero en fin... yo... no...
 RAM. Muchacha!.. Te vas á volver rebelde? Mira que yo, á pesar de la moderacion de mi carácter, estoy acostumbrado á gobernar de real orden, y no permito que nadie me desobedezca.
 MAG. En fin, querrá usted hacerme infeliz?
 RAM. Yo te prometo que no te ha de faltar nada de lo que puedes apetecer. Vaya, te parece que no tengo yo suficiente poder para darte cuanto deseas? Te concedo, para pensarlo, todo el dia de término. Si accedes, bueno; y si no, yo te haré acceder.
 MAG. Y tendrá usted valor para...
 RAM. Vaya si lo tendré! Es una máxima que aprendí en mis viages por Polonia, y que dá un magnífico resultado. «Haga usted esto, y sino yo lo haré hacer,» que es como si dijera el gobierno á uno que le estorba: Pida usted el pasaporte y sino le destierro. Oh! Yo tengo mi casa montada al estilo polaco.

ESCENA IV.

Dichos, DON FELIX, á la puerta.

FEL. Dan ustedes su permiso?
 RAM. Quién?... Ah! Un caballero!..
 MAG. (Cielos! Felix!)
 RAM. Adelante. (Magdalena, entra en tu cuarto.)
 MAG. Pero...
 RAM. (*bajo á ella.*) No repliques; á tu cuarto. (No quiero que la vea ningun hombre, no sea que la eche el anzuelo. Oh!.. La guardo con mas cuidado que un ministro su poltrona.)

ESCENA V.

DON RAMON, DON FELIX.

RAM. Perdone usted, caballero, mi falta de cortesia.
 FEL. (La ha hecho marchar; no importa, yo la veré.)
 RAM. En qué tengo el honor?..
 FEL. (No me ha conocido; bien.) Acabo de llegar de Sevilla, y traigo esta carta de recomendacion para usted.
 RAM. (*leyéndola.*) Ah! si; de un íntimo amigo mio. Me alegro mucho de conocer al señor don...
 FEL. Bartolomé Giron, servidor...
 RAM. Justo, ese es el nombre. Y hace mucho que ha llegado usted á Madrid?
 FEL. Tres dias. Vengo á casarme.
 RAM. Hombre, muy bien; y qué, será buen partido?
 FEL. No, todavía no he elegido la novia.
 RAM. (Diablo, bien he hecho en ocultar á mi pupila!) Pero hombre, no ha puesto usted todavía los ojos en ninguna!..
 FEL. Le diré á usted; hay una jóven que no me disgusta; la he visto por casualidad, y...
 RAM. Vaya, ya decia yo que habria algo adelantado.

FEL. Su nombre me gusta casi tanto como su cara. Se llama Magdalena.
 RAM. (Demonio! Si será mi pupila?) Hombre, me parece que para tan poco tiempo como está usted en Madrid, ha progresado ya bastante.
 FEL. Ah! si señor, á mi-me gusta progresar mucho; es mi sistema.
 RAM. Pues no, tenga usted calma, que con calma es como mejor se hacen las cosas.
 FEL. Perdóne usted, yo tengo la pólvora muy seca, y estalló en el momento. A mi me gustan las cosas pronto, en seguida; nada de esperar; lo que se ha de hacer, se hace, y asunto concluido; herrar ó quitar el banco. Me disgusta una cosa, paf, la pego un puntapié y la echo á rodar; me empalaga un hombre, pof, lo planto un bofeton y le quito de delante; tengo un caballo, se vuelve cocedor, piafa y hace piruetas, me molesta, pum, le suelto un tiro y asunto concluido. Este es mi sistema.
 RAM. Hombre, es usted una fiera no domesticada! Si hubiera usted estado en Polonia como yo, le aseguro á usted que hubiera moderado un poco su carácter.
 FEL. Ha estado usted en Polonia?
 RAM. Si, con una comision del gobierno; ya vé usted, no era cosa de despreciar; me dieron este cachillo de turron, y... qué habia de hacer? Me marché á vivir entre los polacos un poco de tiempo.
 FEL. Es pais poco agradable...
 RAM. Pues crea usted que yo tenia muchos envidiosos que hubieran hecho de buena gana el viage; pero y se vé, como no habia comisiones para todos los que quedaron in albis, hablan mal del pais; ay! yo les aseguro, que si ellos hubieran asomado las narices á aquella tierra, no hubieran quedado descontentos; pero cómo ha de ser, cada uno habla de la feria conforme le va en ella. Usted no ha estado en Polonia?
 FEL. No señor, ni ganas. Con que, y... ¿usted tiene familia?
 RAM. No señor.
 FEL. Hombre, es extraño.
 RAM. (Que pesadez, ya podia marcharse; para primera visita sobra.)
 FEL. (Como me arreglaria para quedarme solo y poderla?) (*se sienta á la izquierda.*)
 RAM. Se sienta usted? (Hombre, vaya una franqueza)
 FEL. Si, con el permiso de usted; estoy bastante cansado.
 RAM. (Podia ir á su casa á acostarse.) Pues señor, yo sentaré yo tambien. (*se sienta á la derecha; pausa*)
 FEL. Con que decíamos que...
 RAM. No, no señor; no decíamos nada.
 FEL. Ah! crei haber oido... (*pausa.*)
 RAM. (Hombre, nos estaremos asi todo el dia?)
 FEL. Aaaa!.. (*bostezando.*)
 RAM. (Bosteza! No faltaba mas que me pidiera de morzar!)
 FEL. (Que pesado es el viejo, podia dejarme solo.)
 RAM. (Pues señor, está visto.) Ta, ra, ra... ta... ra... ra. (*tarareando entre dientes la marcha real.*)
 FEL. Ram... ca... ta... plan... plan... plan... ram... ra... cataplan... (*tarareando el himno de Riego.*) ¡báller! Está usted tocando la marcha real?
 RAM. Yo hago lo que me parece; usted está tararear el himno de Riego?
 FEL. Si, pero producimos una armonia insoportable; esos cantares suenan muy bien en aria coreada, pero no sirven para duo.
 RAM. Pues cálese usted, que yo estoy en mi derecho

FEL. Toma, tambien estoy yo en el mio; las leyes autorizan á cada uno para que toque lo que le parezca.

RAM. Si, pero es que yo estoy en mi casa.

FEL. Vaya usted á coartar la libertad del pensamiento!

RAM. Sepa usted que en mi casa se abolieron todas las libertades.

FEL. Bien, pero yo soy libre para hacer lo que me dá la gana.

RAM. Hombre, vaya una insolencia! Sino mirára... (No, Ramon, moderacion, porque ese mozo tiene mas puños que tú.) Agradezca usted á que yo soy un hombre de orden... porque sino...

FEL. Ya lo comprendo; sino fuera asi, hubiéramos cantado á duo el himno de Riego.

RAM. (Pues señor, mejor es dejarle, porque creo que está loco.) Mire usted, yo tengo sagradas obligaciones; con que con su permiso me retiro. Cuando usted guste ya sabe la salida. (Este hombre está loco, no hay duda.) (entra por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

DON FELIX.

Oh! gracias á Dios, ya me he quedado solo, he concluido con la paciencia del tutor. No hay duda, voy progresando en mi empresa; este es mi sistema; adelante siempre sin volver atrás la cabeza. El tutor no me ha conocido, ya lo creo; en once años he variado mucho; entonces era un chiquillo sin experiencia, y por eso me birlaron la novia; pero ahora, ahora me han crecido los espolones, y puedo habérmelas con el mas pintado. No, como yo empuñe otra vez el fusil, ya aseguro que no volverá á desarmarme el ambicioso tutor. Si viera á Magdalena!.. El la ha hecho entrar en este cuarto, y como nada sospecha... Calle! siento pasos. Oh! felicidad! Aquí llega.

ESCENA VII.

MAGDALENA, DON FELIX.

MAG. Felix!

FEL. Hermosa Magdalena!

MAG. Se ha marchado mi tutor?

FEL. Si, estamos solos.

MAG. Cuanto deseaba este momento!

FEL. Ya ves, tenemos que andar á salto de mata, como los conspiradores que esperan un descuido para ponerse de acuerdo.

MAG. Pues mi tio no se descuida mucho.

FEL. Bah, el que mas mira menos vé.

MAG. Pero como mi tio lo hace todo con tanta intencion...

FEL. No importa; cuanta mas intencion tiene el que manda, entonces se conspira en sus narices, y sino, aqui tienes la prueba.

MAG. Pero en fin, qué decidimos?

FEL. Nada, que serás mia para siempre.

MAG. Lo mismo me decias hace once años.

FEL. Entonces éramos unos chicuelos, y nos cogieron infraganti; pero ahora trabajo le mando al que haya de volver á pescarnos. Ahora soy capitán de artilleria, y es muy difícil meterme mano.

MAG. Si, y yo he salido de la menor edad y soy libre. Viva la libertad.

FEL. Eso es.

MAG. Yo, si ocurre algo, me coso á tu levita de capitán.

FEL. Justo, la libertad cosida á la levita de un militar.

ESCENA VIII.

Dichos, LUISA.

LUI. Ay! acabo de ver á nuestro tutor muy incomodado escribiendo en su despacho.

FEL. Trabajo perdido; porque tendrá que desincomodarse.

LUI. Usted es el novio de mi hermana?

MAG. Luisa?

FEL. Para lo que usted guste mandar.

LUI. Ay! si supiera usted que ganas tengo yo tambien de casarme!

MAG. Pero Luisa!..

LUI. Es claro. ¿Usted es capitán, verdad?

FEL. De artilleria rodada.

LUI. Ay! me gustan tanto los capitanes! Y mas si son rodados como usted.

FEL. Ja... ja.

MAG. (Qué imbécil es!) Felix, no perdamos tiempo; qué determinas?

FEL. Tengo un plan, voy á hacerle á tu tutor un juego de cubiletes.

MAG. Y cómo?

FEL. Ya lo veras. Ven, entra en este gabinete. (á la izquierda.)

MAG. Pero...

FEL. No temas; todo saldrá bien.

MAG. Confio en ti. Cuidado que mi tutor sabe mucho; acuérdate del año cuarenta y tres. (vase.)

FEL. Usted hágame el favor de avisar á don Ramon, diciéndole: «aquel caballero permanece todavia en la sala.»

LUI. Voy corriendo, pero no se olvide usted de buscarme un capitán. (vase.)

ESCENA IX.

DON FELIX.

Ea, pongámonos en órden de batalla. Ahora verás, viejo tutor, como te gano la accion; no siempre habia yo de sucumbir á tu astucia. Nada, la cosa va perfectamente.

ESCENA X.

DON FELIX, DON RAMON.

RAM. (Justo, todavia está aqui!) Hombre, usted se ha propuesto venirse á vivir á mi casa?

FEL. No tendria nada de particular!

RAM. Eso es; entra usted aqui como en pais conquistado!

FEL. Y qué sabe usted si yo lo conquistaré?

RAM. Hombre no me haga usted perder la paciencia.

FEL. Amigo don Ramon, sepa usted que voy progresando en mi empresa.

RAM. Por muchos años.

FEL. No, no lo tome usted tan á la fresca, porque usted vá á tener una gran parte en el resultado.

RAM. Hombre, déjeme usted en paz.

FEL. Piensa usted que...

RAM. Lo que yo pienso es que... pero no señor, no quiero acabar...

FEL. Piensa usted y no quiere acabar? Vamos, es que estará usted á medio pienso.

RAM. Caballero!..

FEL. No hay que alterarse; recuerde usted que siempre ha sido moderado su carácter.

RAM. En fin, concluyamos.

FEL. He venido á casarme.

RAM. Bien, y qué?

FEL. Necesito una muger.

RAM. Bien, y qué?
 FEL. Mi suerte está en su mano de usted.
 RAM. Caballero, se quiere usted casar conmigo?
 FEL. No señor. Tengo ya elegida esposa.
 RAM. Pues que le haga buen provecho. Lo mismo me sucede á mi.
 FEL. Se casa usted tambien?
 RAM. Si señor.
 FEL. Oh! felicidad! Nos casaremos al mismo tiempo. Dónde está su futura?
 RAM. A usted, qué le importa?
 FEL. Es que si usted me la presenta, voy yo en el momento á traer la mia.
 RAM. (Ay! la trae de fuera, respiro, no es mi pupila!) En ese caso, cuando usted guste.
 FEL. Pues voy á traerla.
 RAM. Pues voy á sacarla. (*entrando por la derecha.*)
 FEL. Ja... ja... buen chasco se va á llevar!
 RAM. (*dentro.*) Magdalena, Magdalena! (*saliendo.*) Dónde se habrá metido esta muchacha?
 FEL. Ja... ja!..
 RAM. Se rie usted! Caballero, me habrá usted jugado alguna mala pasada?
 FEL. Yo! Dios me libre!
 RAM. No, esto no puede quedar asi; señor mio, esplíqueme usted en el momento...
 FEL. Por Dios, señor don Ramon, no hay que sulfurarse; tenga usted presente, sobre todo, que su carácter siempre ha sido pacífico.
 RAM. Es que ahora no basta la paciencia.
 FEL. Se acuerda usted del año cuarenta y tres? No le birló usted la novia á un barbilampiño oficialito de artilleria, que estaba haciendo el oso con su pupila, y que de la noche á la mañana se quedó con un palmo de boca abierta?
 RAM. Y qué quiere usted decir?
 FEL. Nada, que aquel oficialillo ha ido progresando en edad y en saber, y que se ha propuesto volverle á usted las tornas.
 RAM. Caballero! Acaso...
 FEL. Si señor; aqui tiene usted al oficialillo hecho todo un capitan de artilleria; y dispuesto á tomar la rebancha de sus once años de padecimientos, y á pronunciarse contra usted.
 RAM. Usted!
 FEL. Justamente.
 RAM. Quién le habia de conocer! Y qué ha hecho usted de mi pupila?
 FEL. No la he visto.
 RAM. Mentira. Yo lá he dejado en este cuarto, y ahora no la encuentro.

ESCENA XI.

Dichos, MAGDALENA.

MAG. Porque estoy en este. (*saliendo.*)
 RAM. Cómo! Señorita, quién lá ha trasladado á usted ahí?
 FEL. Por magia, seguramente.
 RAM. Esto ha sido un juego de cubiletes.
 FEL. Justo, es un juego que se usa mucho en España.
 RAM. Trabajo perdido. Magdalena está bajo mi potestad.
 MAG. Perdone usted, he cumplido ya veinte y cinco años.
 RAM. (Oh! infamia!) Con que es decir que se revela usted contra la autoridad, contra el orden, para entregarse en brazos de un partido abanzado, que Dios sabe lo que hará de usted?..
 FEL. Si señor; ya ve usted que he vencido.

RAM. Oh! yo desarmaré ese orgullo.
 FEL. No, no nos desarmará usted; ahora nos pilla prevenidos y no sucederá lo de antes; á los hombres de mi caracter no se les engaña dos veces.
 RAM. (Oh! no puedo vengarme!) Han abusado ustedes de mi confianza.
 FEL. Estamos en paz; en otra época abusó usted de nuestra candidez.
 RAM. Vaya un partido ventajoso! Un capitan de artilleria, sobra para...

ESCENA XII.

Dichos, LUISA.

LUI. Que me lo den,
 RAM. El qué?
 LUI. No dice usted que sobra un capitan? Casualmente es lo que yo busco.
 RAM. Cómo se entiende! Tú tambien!
 LUI. Es claro.
 RAM. He aqui la desmoralizacion de las costumbres! Las muchachas corriendo detrás de los artilleros!
 LUI. Pues mire usted, por eso me gustan.
 RAM. Muy bien, pupilas desagradecidas; señor artillero, ya que me arrebató usted de entre las manos el gobierno de la casa, yo me vengaré. (*se sienta, escribe un papel, lo dobla y se lo entrega.*)
 FEL. Qué irá á hacer?
 MAG. Haga lo que quiera, nuestra felicidad está cumplida.
 RAM. Tome usted. Tendrá usted toda la vida un recuerdo del que ha sido su tutor durante once años. Abur. (*vase.*)

ESCENA XIII.

FELIX, MAGDALENA, LUISA.

FEL. Ja... ja... se marcha desesperado! Pobre hombre le hemos jugado una mala broma.
 MAG. Ya se le pasará!
 FEL. Veamos qué dice en este papel. (*leyendo.*) «Que ustedes se diviertan; mi pupila está arruinada; su capital, que yo habia procurado reducir á efectivo; está puesto en salvo. No hay que buscarme, porque antes de dos horas habré salido con él de Madrid!» Ah! infame! Nos ha vendido.
 MAG. Oh! nos hemos quedado arruinados!
 FEL. Ya decia yo que siempre en su cabeza se fraguaria alguna mala jugada!
 MAG. Y qué hacemos?
 FEL. Qué hemos de hacer? Si no le encontramos, echarnos en brazos de Dios, y procurar rehabilitarnos con nuestro trabajo.
 LUI. Es decir, que sin dinero ya no podré yo comprar el capitan que me hace falta!
 FEL. Lo comprarás con tus virtudes. La felicidad de nuestro amor suplirá esta desgracia.
 MAG. Si, y para olvidarla del todo, solo falta...
 FEL. Qué?
 MAG. (*al público.*) Que yo les pida un aplauso.
 FEL. No, no hagas semejante cosa; no pidas nada en tu vida, si no quieres que te lo nieguen, y mucho meno cuando se pide para otro. (*al público.*) Señores, yo no soy el autor, conque hagan ustedes lo que les parezca.

FIN.

MADRID: 1856.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.